

Al que no quiere caldo...

Las tres tazas

JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA
Cuéllar Editores, Bogotá, 2016, 96 pp.

ASÍ COMO existe el ritual de leer el futuro en la borra del café y en el poso de la taza de chocolate, el escritor José María Vergara y Vergara (1831-1872) nos permite leer el pasado de la todavía parroquial Santafé de Bogotá en las tres tazas que va sirviendo en su colorido y desternillante cuadro.

Más allá de mostrar los vertiginosos cambios del siglo XIX en materia de usos y costumbres de la sociedad santafereña, el autor, miembro de la reputada tertulia literaria de *El Mosaico*, no deja arribista con cabeza tras hacer este estudio de profundidades psicológicas y sociológicas en la ligera envoltura de la crónica, escrita con salero y agudeza.

Con la primera taza, la de chocolate, Vergara y Vergara narra un famoso “refresco” en la casa del marqués de San Jorge –celebrado el 13 de mayo de 1813– al que asistieron los protagonistas de la reciente Independencia, como Antonio Nariño y Camilo Torres, entre treinta caballeros y veinticinco damas. Con exuberancia de detalles propios de la escuela naturalista describe la elegancia de los trajes, el mobiliario de la casa, la esplendidez de la mesa en la que se sirve el perfumado chocolate acompañado de colaciones. Bebida que lleva a esta divagación del autor, muy a tono con los tiempos que corrían:

Con tales jícara de chocolate fue que se llevó a cabo nuestra gloriosa emancipación. Si hubiera sido el té su bebida favorita, el acta del 20 de julio de 1810 no hubiera tenido más firmas que la del Virrey Amar que nunca quiso firmarla. (p. 22)

Después del chocolate remojaron la conversación con vino de consagrar, y bailaron hasta quedar sin resuello. Todos tan felices y tan libres, pocos años antes de que el Pacificador, Pablo Morillo, mandara a fusilar a la mayoría de los concurrentes y a desterrar las mujeres.

La segunda taza, de café, obligó al autor a escupir el puñado de afrecho en un pañuelo, y a sabiendas de que los oferentes –el señor y la señora De las Viñas– se las estaban dando de café con leche, alentó una revolución en la cocina para que prepararan chocolate espumoso en las jícara, en lugar de la advenediza bebida con sabor a remedio, amén de otros displicentes calificativos que le endilga: “solución de calamaco”, “agua de cúbica”, “cocimiento de filaila”.

En la Nueva Granada de 1848 todavía encajaba el desorden, más en esta casa sin lujos y de regular gusto en el decorado, donde había cuarenta convidados y treinta taburetes de todos los estilos. Así que el cronista pidió a gritos que cambiaran por chocolate el café hervido y batido:

Ahora no soy un caballero, no soy sino un hombre herido en lo más caro que tiene, en su guargüero, soy un león

enfurecido; y si no me das ahora chocolate, te despedazo aquí en presencia de tu tierna esposa y de tus tiernos hijos. (p. 37)

Dicho, hecho y complacido, después de las viandas salieron todos a bailar la contradanza con música en vivo hasta decir basta.

La tercera taza fue la más amarga porque la ceremonia del té, con su estiramiento de modales, chirriaba en un salón desangelado con ínfulas de inglés. La esquila de los marqueses de Gacharná invitaba al cumpleaños de la señora marquesa con un “té en familia” e incluía la selecta lista de invitados, todos extranjeros o criollos rebautizados, como el caballero Casimiro de la Vigne, hijo del señor Juan de las Viñas de la anterior historia. “¿Por qué toman té en lugar de tomar agua de borraja, que era el sudorífico que en antes se usaba?”, se pregunta el autor.

En este cuadro, Vergara y Vergara se despacha a gusto contra los impostados marqueses cuya casa estaba “sita en el boulevard del Cuartillo de Queso, abajo del malecón de la Carnicería” (p. 55). Monsieur de Gacharná, oriundo de Sutamarchán, por carambolas del destino fue acreditado como cónsul de Noruega en la capital y a cambio de sueldo solicitó un título nobiliario, que solicitó el gobierno de Noruega le envió por correo postal. “El gozo de monsieur de Gacharná al saber que ya no era colombiano fue limitado como su entendimiento, pero profundo como su gravedad. He ahí como logró hacerse extranjero en su propia patria” (p. 53).

Ridiculiza sin compasión a la fatua pareja, que no solía recibir a nadie en su casa “porque así no se vulgarizaban”, y vivía austeramente para poder ahorrar y luego invitar a una “soirée” o a un té para aparentar lo que no eran, con criado de librea y servicio de plata, donde se hablaba de las noticias “de la Colombi –como ellos llamaban la patria–”, que leían en periódicos franceses.

La sátira alcanza en este último cuadro picos despiadados, dignos de un maestro de la ironía como Vergara y Vergara. No ahorra epítetos ni exageraciones hilarantes sobre la insustancial pareja. De la mujer dice que tendía una mano que “por lo blanca, lo flaca y lo transparente, parecía un pisapapeles de pasta de arroz” (p. 19). Y de él dice: “Un hombre pequeño y muy flaco, provisto de unas patillas cuyas puntas se le enredan en las rodillas” (p. 50). Tampoco se priva de criticar la sociedad de la época que se descretaba con las pompas y abolengos, ni de hacer comentarios racistas a propósito de las “indias” remolonas que integraban la servidumbre. Muy propio de la época.

Ya decía José Manuel Marroquín, otro ilustrado integrante de *El Mosaico*, que muchos contemporáneos estaban desterrados de su propia patria y deseaban que Bogotá se transformara en una perfecta copia de París, o que sus habitantes adoptaran las costumbres de los “yankees”. Por ello, los cuadros de costumbres recogidos en cuatro tomos de la Biblioteca de El Mosaico (1866) sirvieron para mostrar a los granadinos “pintados por sí mismos”, orgullosos del santafereño raizal (véase su cuadro “Contribuciones directas”, tomo I del *Museo de cuadros y costumbres*, pp. 23-24).

Valga precisar que desde el primer párrafo el escritor se presenta como coleccionista de esquelas de convite a refrescos, saraos, ágapes, entierros y bautizos. De ese álbum precisamente saca las tres tarjetas de los cuadros descritos en 1865, a sabiendas de que algunos de los protagonistas que bailaron en los primeros estaban enterrados en el último.

De todos los cuadros que dejó José María Vergara y Vergara, *Las tres tazas* es el que mejor ha resistido el paso del tiempo y sigue ofreciendo nuevas miradas de nuestra sociedad, que no ha perdido su complejo de inferioridad frente a culturas más civilizadas y menos mestizas.

Además, quien quiera vivir una experiencia –como se estila decir hoy en día– de inmersión en el castellano más puro y vivo, empleado por el escritor y periodista santafereño, podrá leer con regocijo este opúsculo. Claro que esos jóvenes lectores se quedarán en Babia con su repertorio de dichos y expresiones cachacas, imágenes a tutiplén, además de subgéneros del siglo XIX, tan olvidados hoy, como el chispazo, el retrúecano, el calambur, el epigrama, el verso. En fin, usos del lenguaje que se prodigaban en la prensa de la segunda mitad del siglo.

En buena hora Cuéllar Editores pensó en esta colección de literatura costumbrista colombiana, que para un lector del siglo XXI resultará sorprendente. En principio porque cuesta imaginar que las fiestas duraran hasta las tres y cuatro de la madrugada y salieran tan contentos y achispados señoras, criadas y hasta niños caminando bien embozados por las empedradas calles de La Candelaria, sin temor a que los asaltaran.

La edición del libro es otra fuente de placer estético porque está acompañada de preciosas ilustraciones de época, parte de la colección del editor, Enrique Cuéllar Cubides. Para contextualizar la pieza, ofrece un preámbulo con la historia de los cafés bogotanos, que tuvieron su esplendor desde 1920 hasta que el Bogotazo los cerró de golpe y porrazo. Termina el libro con un recetario bellamente ilustrado de las preparaciones mencionadas en la obra y otros platos típicos que se mantienen invictos en las mesas bogotanas, como el ajiaco santafereño y la cuajada con melao, sin descuidar los pandeyucas y demás delicias horneadas para remojar en el chocolate. Una tentación para el apetente lector.

Maryluz Vallejo Mejía